

MARRUECOS EN SENDER*

Ignacio MARTÍNEZ DE PISÓN**
Escritor

Parece demostrado que Ramón J. Sender desembarcó en Melilla a finales de febrero de 1923. Con la imaginación, sin embargo, hacía algún tiempo que había llegado.

Un año antes, en 1922, la revista barcelonesa *Lecturas* había convocado un concurso literario cuyo primer premio estaba dotado con seiscientas pesetas y la edición de la obra. El ganador no fue otro que el escritor de Chalamera con una narración ambientada en el Protectorado español que se titulaba *Una hoguera en la noche*. La propia revista se encargaría de publicarla en los números de julio y agosto de 1923, y la nota editorial que acompañaba al texto afirmaba erróneamente que este había sido escrito cuando su autor se encontraba «en tierra de moros». El plazo de admisión de originales se había cerrado, de hecho, en octubre del año anterior, cuatro meses antes de que el joven Sender embarcara en el buque correo Monte Toro en dirección al puerto norteafricano. No obstante, la nota de *Lecturas* solo se equivocaba a medias, dado que ese mes de julio, cuando se publicó la primera entrega de *Una hoguera en la noche*, hacía más de cuatro meses que nuestro autor había llegado a *tierra de moros*.

La cuestión de la datación de una novela menor como esta carecería de relevancia si no fuera porque el propio Sender da la impresión de ser el primer interesado en echar más leña al horno de la confusión. ¿Escrita en 1923, como se afirma

* Ignacio Martínez de Pisón impartió en Huesca el 11 de febrero de 2015 la conferencia titulada «Ordenar la realidad», organizada por el Centro de Estudios Senderianos del IEA para conmemorar el aniversario del nacimiento de Ramón J. Sender (Chalamera, 3 de febrero de 1901). Reeditamos ahora con este motivo la colaboración que el escritor preparó para el catálogo de la exposición *Cartografía de una soledad: el mundo de Ramón J. Sender* (Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2001, pp. 39-51), comisariada por Juan Carlos Ara y Chus Tudelilla, bajo la dirección científica de José-Carlos Mainer [N. de la R.].

** ignaciopison@hotmail.com

en la revista, o en 1922, como parece más razonable? Cuando, en 1980, la editorial Destino publica una nueva versión de *Una hoguera en la noche* (ahora con el subtítulo *Bajo el signo de Aries*), es el propio Sender el que al final del texto nos facilita su lugar y fecha de redacción: «Zaragoza, 1917». ¿1917? Si eso fuera verdad, el novelista habría escrito *Una hoguera en la noche* a la tierna edad de dieciséis años, y uno no puede sino sospechar que, al proponer esa fecha, lo que estaba haciendo el casi octogenario Sender era alardear, por otro lado innecesariamente, de su precocidad literaria.

Parece evidente que Sender no había estado en Marruecos cuando redactó esa primera versión de *Una hoguera en la noche* y que, en consecuencia, todo el conocimiento que en sus páginas demuestra poseer sobre la vida castrense y el ambiente marroquí no había sido adquirido por la vía de la propia experiencia sino por la de la lectura de libros y periódicos. La novelita cuenta la historia de un teniente español que, al poco de incorporarse a su destino en el blocao de N'Taixa, se enamora perdidamente de una bella mora cautiva de los rebeldes; su breve y casta pasión concluirá cuando un tiro a traición de uno de los hombres de la propia mehala acabe con la vida de la hermosa joven. Rezuma *Una hoguera en la noche* un exotismo algo acartonado y libresco, y el *amour fou* de su protagonista puede, desde la perspectiva actual, resultar artificioso, pero eso no impide que la historia, sencilla y bien estructurada, se deje leer con gusto. Nadie aspire, sin embargo, a hallar en ella el más mínimo atisbo de denuncia de la intervención colonial española en territorio marroquí, y me atrevería a decir que de su lectura puede incluso deducirse que el joven Sender del año 22 compartía sin recelos los ramplones principios del africanismo entonces imperante, que justificaba aquella ocupación en nombre de no se sabe qué dudosa noción de patriotismo y de la más que improbable acción civilizadora de nuestras tropas. Pero ¿qué tiene esto de extraño si tampoco durante su estancia en Melilla expresó el primero recluta y finalmente alférez Ramón J. Sender la menor reticencia a ese respecto? Ahí están para demostrarlo los artículos que, reunidos en las series «Arabescos» e «Impresiones del carnet de un soldado», publicó entre abril de 1923 y enero de 1924 en *El Telegrama del Rif*. El Sender de *Imán* todavía no había dado pruebas de su existencia.

Debo aclarar que estas observaciones sobre *Una hoguera en la noche* corresponden a la versión de 1923, no a la de 1980. Pocos escritores habrá habido tan aficionados a reelaborar la propia obra como lo fue Sender, y lo que casi sesenta años después de su primera redacción hizo con esa novelita solo merece, siendo piadosos, el calificativo de chapuza. Por desgracia, únicamente la edición de Destino resulta accesible al lector actual, y los incondicionales del escritor ni siquiera tienen la posibilidad de elegir entre ambas.

Con otra de sus historias marroquíes, *Cabrerizas Altas*, publicada por primera vez en 1965, fue bastante más sensato, ya que prácticamente se limitó a integrarla en *Los términos del presagio*, séptimo de los libros que componen *Crónica del alba*, cuya edición completa y definitiva apareció en 1966. Para conseguir que *Cabrerizas Altas*

encajara en esa deslumbrante novela de novelas que es *Crónica del alba*, lo que hizo Sender fue convertir a Alfonso Madrigal, su protagonista y narrador, en remoto contrapariante zaragozano de su *alter ego*, Pepe Garcés, y facilitar el encuentro entre ambos poco después de que Madrigal saliera muy malparado de una pelea a navajazos. Su historia se presenta, pues, como un extenso monólogo al que Garcés asiste como simple oyente y cuya transcripción ofrece al lector de forma más o menos literal, y la reelaboración senderiana acaba centrándose en la inclusión de una suerte de acotaciones teatrales que una y otra vez nos sitúan en el lugar en el que se está desarrollando la conversación, una sala de un hospital francés en un pueblo de la frontera argelina.

«Opinaba yo que en la vida militar sucedía todo lo contrario de lo que solían decir los periódicos y los libros», declara en un momento dado Madrigal, y esas palabras podrían interpretarse como un ajuste de cuentas del propio Sender con sus primeras aproximaciones a la realidad del Protectorado. Porque, en efecto, el Marruecos que el novelista encuentra a su llegada a Melilla no es el que había podido intuir a través de sus lecturas de juventud ni el que había querido reflejar en *Una hoguera en la noche*. Se acabaron los exotismos de similar, los oficiales gallardos, las moritas principescas, los irresistibles crepúsculos norteafricanos, y en su lugar hay ahora secarrales en los que los chacales aúllan, burdeles baratos que no hacen sino propagar enfermedades venéreas, soldados piojosos y envilecidos, oficiales corruptos, cárceles. Es este un Marruecos real, un Marruecos vivido y sufrido por Sender, y no por casualidad Madrigal está destinado en el regimiento de infantería número 42, llamado de Ceriñola, el mismo en el que estuvo Sender, el mismo también en el que estuvo Viance, el protagonista de *Imán*, un regimiento en cuyos batallones abundaban las compañías disciplinarias, formadas por delincuentes y criminales. La escoria, por tanto, y lo que más sorprende es que, al igual que *Una hoguera en la noche* pero en un registro bien diferente, *Cabrerizas Altas* es también una novela de amor, una estremecedora historia en la que el amor que el protagonista siente por una joven cantinera es el único sentimiento noble y elevado que puede rastrearse. Sin duda por ese motivo, será también el amor el que acabe empujando a Madrigal al abismo de la desgracia y la pérdida.

Pero el gran libro marroquí de Sender es, desde luego, *Imán*, novela que, por cierto, tampoco se libra de un pequeño problema de datación. Publicada por primera vez en 1930, en su breve introducción afirma Sender que la obra no es sino una colección de notas «apenas ordenadas», escritas tres años antes, mientras realizaba el servicio militar en Marruecos, «a raíz del desastre del 21». Obsérvese la ambigüedad de la frase. ¿Qué es lo que pretende sugerir? ¿Acaso, como en la nota que acompañaba a la publicación de *Una hoguera en la noche* en la revista *Lecturas*, que se encontraba «en tierra de moros» poco después del desastre de Annual? Lo cierto, como hemos visto, es que Sender no desembarcó en Melilla hasta febrero de 1923, cuando de los trágicos hechos de Annual e Igueriben había pasado más de un año y medio. Por otro lado, su estancia en Marruecos se prolongó, con alguna interrupción,

hasta finales de 1924, lo que quiere decir que, de hacer caso a la afirmación del propio Sender, *Imán* habría sido escrita en 1927.

Más verosímil resulta, sin embargo, otra hipótesis: la de que el autor de Chalamera no emprendiera la redacción de las partes más sustanciosas de la novela hasta la segunda mitad de 1929. Digo esto porque, como otros han señalado antes que yo, en *Imán* es perceptible la influencia de una de las novelas más populares de la época, la antibelicista *Sin novedad en el frente*, del alemán Erich Maria Remarque. La edición original del libro apareció en 1929 y se tradujo con rapidez a las principales lenguas europeas. En España se publicó en junio de 1929 y su éxito fue fulminante: tres ediciones y veinticuatro mil ejemplares en solo tres meses. Se da la circunstancia de que la traducción la firmaba, junto a Eduardo Foertsch, el novelista aragonés Benjamín Jarnés, con el que nuestro autor nunca hizo buenas migas, pero lo que ahora quiero destacar es que, a la vista de la deuda que *Imán* tiene contraída con el libro de Remarque, a finales de 1929 debía de estar Sender trabajando en la redacción de la novela o, como él declara, *ordenando* las notas en las que esta se basa.

Con una prosa despojada y directa, exenta de toda pretensión retórica, con unos diálogos de restallante viveza y unas descripciones que recrean la feroz plasticidad de la guerra, con un relato en presente que contribuye a transmitir la inmediatez del horror, acierta la novela de Remarque a trazar un duro y desolador retrato de la vida cotidiana de un soldado alemán que combate en suelo francés durante la llamada *Gran Guerra*, y muchos de sus temas resultarán familiares a los lectores de *Imán*: la convivencia continuada con el espanto y con la muerte, el proceso de embrutecimiento al que se ven abocados sus casi anónimos protagonistas, la consustancialidad de toda organización militar con el más extremado de los absurdos...

Que la intención de la novela de Sender no se aleja demasiado de la del relato de Remarque parece evidente, y me atrevo a decir que algunos de sus alegatos contra la guerra y el ejército podría el escritor aragonés suscribirlos sin ningún reparo. Remarque habla, por ejemplo, de la enorme distancia que media entre las huecas palabras de las autoridades militares y la sobrecogedora realidad de los soldados: «Mientras ellos escribían y discurseaban, nosotros veíamos hospitales, moribundos; mientras ellos proclamaban el servir al Estado como lo más excelso, ya sabíamos nosotros que el miedo a morir es mucho más fuerte». ¿No quedan ecos de estas frases en otras de *Imán* en las que se habla de «la gran verdad [...] que le tenían oculta entre uniformes y desfiles, entre palabras bienolientes: patriotismo, disciplina, valor»? ¿Y no puede atisbarse ahí el germen, uno de los gérmenes, de *Imán*, una novela que habla precisamente del miedo a la muerte, de la desesperada e insondable energía que genera un sentimiento así?

Pero la pavorosa excelencia del libro de Sender tiene más que ver con las diferencias que con las similitudes que existen entre ambas novelas. El joven Pablo, protagonista y narrador de *Sin novedad en el frente*, mantiene a pesar de todo una mentalidad *civil* acerca del ejército y de la guerra, conserva relativamente ordenado

su mundo de afectos (los camaradas que van cayendo a su lado, la familia a la que visita cuando está de permiso...), e incluso hace planes para el futuro, para esa pacífica posguerra que aguarda con ansiedad. En cambio, Viance, irrecuperable ya para la sociedad, puro despojo de sí mismo, ha visto romperse uno tras otro todos los vínculos que le ataban a su existencia anterior, «lo único que sigue ligándole a la vida» es su odio hacia el teniente Díaz Ureña, y ha llegado a tal extremo de degradación que ni siquiera puede concebir su vida fuera del ejército... Pablo, en definitiva, sigue siendo un ser humano, consciente de cuanto le rodea, mientras Viance ha quedado reducido a una condición casi animal y mandan en él los instintos más elementales. Si aquel es todavía capaz de salirse de sí mismo y describir desde fuera el ya aludido proceso de embrutecimiento, este se nos muestra como el producto acabado e irreversible de ese proceso: un ser «vacío de afectos», una criatura moralmente aniquilada a la que el narrador define como «una cosa que hay que inventariar en cada revista y tener siempre al alcance del pie». La experiencia del horror cambia por eso en uno y otro libro. El horror de *Sin novedad en el frente* no deja de ser insólito, excepcional, un horror que ocasionalmente consigue esconderse en los pliegues más infaustos de la historia. El de *Imán*, por el contrario, es un horror convertido ya en la norma, en lo habitual y definitivo, algo con lo que el ser humano parece condenado a convivir a perpetuidad, y eso otorga a la obra de Sender una áspera y desolada dimensión metafísica, porque lo que él nos presenta no es otra cosa que una metáfora del infierno.

Hablo del infierno porque es la única escenografía que, en nuestro imaginario colectivo, puede asimilarse a la que Sender nos muestra en *Imán*: cadáveres apilados en la baca de un autobús, apenas cubiertos con una lona, cadáveres atravesados en los mulos con los brazos oscilando a compás, el suelo regado de sangre y «una porción de masa encefálica» en uno de los sacos del parapeto, un cerdo que «huye gruñendo con medio antebrazo humano en la boca», «muertos boca arriba, zancas desnudas alzándose del alambre espinoso», cuervos que brincan entre el «olor de carne descompuesta», chacales que aúllan junto a las alambradas... ¿Cabe concebir un horror semejante en un lugar que no sea el mismo infierno?

Evidentemente, el Sender de *Imán* tiene ya muy poco en común con el de *Una hoguera en la noche*, y lo mismo puede decirse con respecto al Sender de los artículos de *El Telegrama del Rif*, supuestamente contemporáneos a las notas que, «apenas ordenadas», constituyen la génesis de *Imán*. «Aquí no hay valientes», se dice en un momento dado, para enseguida añadir: «Los verdaderos valientes hubieran debido comenzar por no venir». En otro sitio se afirma que «la patria no es más que las acciones del accionista» y, más adelante, que «llevar sesos de un compañero en la alpargata, criar piojos y beber orines, eso es ser héroes». Por si estas citas no fueran suficientemente elocuentes acerca de lo que el Sender de 1929 opinaba sobre cosas tales como el valor, el heroísmo o la patria, aquí va otra, algo más extensa: «Esto es la guerra. La banderita en el mástil de la escuela, la *Marcha real*, la historia, la defensa nacional, el discurso del diputado y la zarzuela de éxito. Todo aquello, rodeado

de condecoraciones, trae esto. Si aquello es la patria, esto es la guerra: un hombre huyendo entre cadáveres mutilados, profanados, los pies destrozados por las piedras y la cabeza por las balas».

¿Cómo explicar un cambio tan radical? En su introducción a la edición de *Imán* en la colección Larumbe, sugiere Francisco Carrasquer, y parece estar en lo cierto, que a esta evolución ideológica no fue en absoluto ajena la llegada de Primo de Rivera al poder. De hecho, su lucha contra la dictadura llevó a Sender a la cárcel en 1927, y se me antoja razonable la idea de Carrasquer de que el autor aragonés, en su doble condición de actor y testigo privilegiado del conflicto marroquí, no pudiera tolerar el hecho de que el dictador se las hubiera arreglado para capitalizar a su favor la victoria final del Ejército español: eso explicaría su decisión de «volver esas victorias en oprobios, evocando las páginas negras de la desastrosa campaña de 1921». El de Sender fue por tanto un antibelicismo tan tardío como rabioso e intenso, y esa intensidad y esa rabia tardías solo pueden entenderse inscritas en el clima de compromiso prerrevolucionario previo a la proclamación de la República: razón de más para situar hacia 1929 la principal fase de la redacción de la novela.

Desde luego, la visión que Sender nos propone de la guerra de África no tiene nada en común con la de la exaltada o, cuando menos, complaciente literatura propagandística de la época. Libros como *La epopeya del soldado* del periodista Alfredo Cabanillas, como *Del Uarga a Alhucemas* o *Raisuni, de Silvestre a Burquete: frente al fracaso* del también periodista Rafael López Rienda, como *Melilla, la codiciada* de Juan Berenguer (no por casualidad dedicada al anterior), como *Memorias del legionario Juan Ferragut* de Julián Fernández Piñero (esta dedicada a *El Caballero Audaz*), como *Uno de tantos* del exsoldado Salvador Ferrer o como *Mi cautiverio en el Rif* del entonces popular sargento Basallo son solo algunos de los muchos que en aquellos años se publicaron al calor del intenso debate social levantado en torno a nuestra penúltima guerra colonial, y lo que los une, además por supuesto de su escaso valor literario, es una exaltada adhesión a las consignas oficiales del momento, a esas ideas de valor, heroísmo y patria que el Sender de *Imán* quiso combatir.

Pero no fue *Imán* el único libro importante sobre aquel desdichado capítulo de la historia de España. Si, como se dice en *El tercer hombre*, quinientos años de democracia y paz en Suiza solo han producido el reloj de cuco, aquella terrible guerra marroquí sirvió al menos para alumbrar un puñado de obras interesantes. Entre las de autores poco sospechosos de veleidades izquierdistas destacan las *Notas marruecas de un soldado* (1923), primer libro de Ernesto Giménez Caballero, que le granjeó el entusiasmo de Unamuno pero le valió también una condena en un consejo de guerra, así como las novelas *Tras el águila del César* (1923) de Luys Santa Marina y *La pared de tela de araña* (1924) de Tomás Borrás, escritores los tres que, con su ingreso en Falange Española, no tardarían en acreditar la inequívoca naturaleza de su ejecutoria política.

Muy superiores a estas obras me parecen sin embargo las ya clásicas de dos insignes izquierdistas, José Díaz Fernández y Arturo Barea. La de Díaz Fernández,

El blocao (1928), es una novela con estructura de libro de cuentos que acierta a recrear con sutileza y precisión la desolada atmósfera del frente. La de Barea, *La ruta*, segundo de los tres libros que componen *La forja de un rebelde*, se publicó por primera vez en inglés a principios de los años cuarenta y, basada en la propia experiencia del autor, desvela la cotidianidad de la corrupción en el ejército colonial.

El blocao, *La ruta* e *Imán* forman de un modo espontáneo el gran tríptico literario sobre aquella guerra africana. De estas tres excelentes novelas, solo *Imán* aspira a llegar hasta el fondo en la exploración del horror de la guerra. Su grandeza no consiste únicamente en negar el concepto de heroísmo sino en construir a partir de ahí la única figura posible del héroe moderno, la del que desconfía de la épica y de quienes la alientan. He dicho *héroe* a sabiendas de que Viance no lo es en el sentido tradicional. Héroe solo de sí mismo y de su propio instinto de supervivencia, desmadejado pelele a merced de los poderosos, los autoritarios y los patriotas, víctima por tanto de las circunstancias históricas que le ha tocado sufrir, Viance personifica como pocas criaturas de ficción a los desposeídos, a los derrotados, a los caídos. Hombre de escasas, escasísimas palabras, el irracional afán de Viance por aferrarse a la vida resuena sin embargo como un grito poderoso, atronador, y ese grito es la voz que Sender supo dar a las víctimas, a los millones de víctimas del convulso siglo xx. De ahí el alcance universal del personaje. De ahí también la incuestionable vigencia de la novela, que, pasados más de ochenta años desde su publicación, sigue sacudiendo al lector con la violencia de un puñetazo en la boca misma del estómago.